

PEDRO DE ALVARADO

Nació en Badajoz, España, hacia 1485.

Murió no se sabe exactamente el lugar, cerca de Guadalajara, el 4 de julio de 1541.

Es autor de dos Cartas de Relación en que refiere a Cortés sus numerosas expediciones. La primera está fechada en Utatlán el 11 de abril y la segunda el 28 de julio de 1524 en Santiago de los Caballeros.

Este conquistador, el Tonatiuh, como le decían los indios por su rubio color, duro y aun cruel, negociante y ambicioso, hace una relación firme y realista de sus campañas en Guatemala, en las que se revela su carácter y el espíritu que animaba a los conquistadores. Sus *Cartas de Relación de la Conquista de Guatemala* se imprimieron en Toledo en 1525.

El autor ha sido estudiado por Adrián Recinos *Pedro de Alvarado, conquistador de México y Guatemala*, México, Fondo de Cultura Económica, 1952, 264 p. ils, siendo esta la mejor biografía. Muy útil también la de Francisco Fernández del Castillo, *Don Pedro de Alvarado*, México, Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, 1945.

De su obra se han ocupado Jorge García Granados en el prólogo al *Libro Viejo de la fundación de Guatemala y papeles relativos a don Pedro de Alvarado*, Guatemala, 1934 (Bibliotheca Goathemala), así como José Valero Silva en la obra que nos sirve de fuente. Hay que mencionar también a J. Antonio Villacorta, "Las Cartas de Relaciones de Don Pedro de Alvarado" *ASGHC*, Año II, T. II, No. 2, dic. 1925, p. 215-226.

Fuente: Pedro de Alvarado. *Relación hecha por... a Hernando Cortés, en que se refieren las guerras y batallas para pacificar las provincias del antiguo reino de Goathemala*. Estudio y notas por José Valero Silva, México, José Porrúa e Hijos, Suc. 1954. 120 p. (Biblioteca José Porrúa Estrada de Historia Mexicana 3), p. 25-30.

LA CONQUISTA DE GUATEMALA

E otro día fui a ver el camino por donde había de ir, y vi, como digo, también gente de guerra, y la tierra era tan montuosa de cacaguatales y arboleda, que era más fuerte para ellos que no para nosotros y yo me retraje al real, y otro día siguiente me partí con toda la gente a entrar en el pueblo, y en el camino estaba un río de mal paso, y teníanlo los indios tomando, y allí peleando con ellos se lo ganamos; y sobre una

barranca del río, en un llano, esperé la rezaga, porque era peligroso el paso y traía mucho peligro, aunque yo traía todo el mejor recado que podía. Y estando, como digo, en la barranca, vinieron por muchas partes por los montes y me tornaron a acometer, y allí los resistimos hasta tanto que pasó todo el fardaje; y después de entrados en las casas dimos en la gente, y siguióse el alcance hasta pasar el mercado y media legua adelante, y después volvimos a asentar real en el mercado, y aquí estuve dos días corriendo la tierra, y a cabo de ellos me partí para otro pueblo llamado Quezaltenango, y aqueste día pasé dos ríos muy malos, de peña tajada, y allí hicimos paso con mucho trabajo, y comencé a subir un puerto que tiene seis leguas de largo, y en la mitad del camino asenté real aquella noche; y el puerto era tan agro que apenas podíamos subir los caballos; e otro día de mañana seguí mi camino, y encima de un reventón hallé una mujer sacrificada y un perro, y según supe de la lengua, era desafío; e yéndonos adelante, hallé en un paso muy estrecho una albarrada de palizada fuerte, y en ella no había gente ninguna, y acabado de subir al puerto llevaba todos los ballesteros y peones delante de mí, porque los caballos no se podían mandar, por ser fragoso el camino. Salieron obra de tres o cuatro mil hombres de guerra sobre una barranca, y dieron en la gente de los amigos y retrajéronla abajo, y luego los ganamos; y estando arriba recobiendo la gente para rehacerme, vi más de treinta mil hombres que venían a nosotros, y plugo a Dios que allí hallamos unos llanos, y aunque los caballos iban cansados y fatigados del puerto, los esperamos, hasta tanto que llegaron a echarnos flechas y rompimos en ellos; y como nunca habían visto caballos, cobraron mucho temor, y hicimos un alcance muy bueno, y los derramamos, y murieron muchos de ellos, y allí esperé toda la gente, y nos recogimos, y fuime a aposentar una legua de allí a unas fuentes de agua, porque allí no la teníamos, y la sed nos aquejaba mucho; que según íbamos cansados, donde quiera tomáramos por buen asiento; y como eran llanos, yo tomé la delantera con treinta de caballo, y muchos de nosotros llevábamos caballo de refresco, y toda la gente demás venía hecha un cuerpo, y luego bajé a tomar el agua. Estando apeados bebiendo, vimos venir mucha gente de guerra a nosotros, y dejámosla llegar, que venían por unos llanos muy grandes, y rompimos en ellos, y aquí hicimos otro alcance muy grande, donde hallamos gente que esperaba uno de ellos a dos de caballo, y seguimos el alcance bien una legua. y

llegábensenos ya a una sierra, y allí hicieron rostro, y yo me puse en huida con ciertos de caballo, por sacarlos al campo, y salieron con nosotros hasta llegar a las colas de los caballos, y después que me rehice con los de caballo, di vuelta sobre ellos, y aquí se hizo un alcance y castigo muy grande: en ésta murió uno de los cuatro señores de esta ciudad de Vilatan, que venía por capitán general de toda la tierra, y yo me retraje a las fuentes y allí asenté real aquella noche, harto fatigados y españoles heridos, y caballos; e otro día de mañana me partí para el pueblo de Quezaltenango, que estaba una legua, y con el castigo de antes le hallé despoblado, y no persona ninguna en él, y allí me aposenté y estuve reformándome y corriendo la tierra, que es tan gran población como Tascalteque, y en las labranzas ni más ni menos, y friísima en demasía; y al cabo de seis días que había que estaba allí, un jueves a mediodía asomó mucha multitud de gente en muchos cabos, que según supe de ellos mismos eran de dentro de esta ciudad doce mil, y de los pueblos comarcanos, y de los demás dicen que no se pudo contar; y desde los vi, puse la gente en orden, y yo salí a darles la batalla en la mitad de un llano que tenía tres leguas de largo, con noventa de caballo, y dejé gente en el real que le guardase, que podría ser un tiro de ballesta del real no más, y allí comenzamos a romper por ellos, y los desbaratamos por muchas partes, y les seguí el alcance dos leguas y media, hasta tanto que toda la gente había rompido, que no llevaba ya nada por delante, y después volvimos sobre ellos, y nuestros amigos y los peones hacían una destrucción la mayor del mundo, en un arroyo, y cercaron una sierra rasa, donde se acogieron, y subiéronles arriba y tomaron todos los que allí se habían subido. Aqueste día se mató y prendió mucha gente, muchos de los cuales eran capitanes y señores y personas señaladas, e desde los señores de esta ciudad supieron que su gente era desbaratada, acordaron ellos y toda la tierra, y convocaron muchas otras provincias para ello, y a sus enemigos dieron parias y los atrajeron, para que todos se juntasen y nos matasen, y concertaron de enviarnos a decir que querían ser buenos y que de nuevo daban la obediencia al Emperador nuestro señor, y que me viniese dentro a esta ciudad de Valatan, como después me trajeron, y pensaron que me aposentarían dentro, y que después de aposentados, una noche darían fuego a la ciudad, y que allí nos quemarían a todos, sin podérsele resistir, como de hecho llegaron a poner en efecto su mal propósito, sino que Dios nues-

tro Señor no consiente que estos infieles hayan victoria contra nosotros, porque la ciudad es muy fuerte en demasía, y no tiene sino dos entradas, la una de treinta y tantos escalones de piedra muy alta, y por la otra parte una calzada hecha a mano, y mucha parte de ella ya cortada, para aquella noche acabarla de cortar, porque ningún caballo pudiera salir a la tierra, y como la ciudad es muy junta y las calles muy angostas, en ninguna manera nos pudiéramos sufrir sin ahogarnos, o por huir del fuego despeñarnos. E como subimos, que yo me vi dentro, y la fortaleza tan grande, y que dentro de ella no nos podíamos aprovechar de los caballos, por ser las calles tan angostas y encaladas, determiné luego de salirme de ella a lo llano, aunque para ello los señores de la ciudad me lo contradecían, y me decían que me asentase a comer, y que luego me iría, por tener lugar de llegar a efecto su propósito; y como conocí el peligro en que estábamos, envié luego gente delante a tomar la calzada y puente para tomar la tierra llana, y estaba ya la calzada en tales términos, que apenas podía subir un caballo, y al derredor de la ciudad había mucha gente de guerra; y como me vieron pasado a lo llano, se arredraron no tanto, que yo no recibí mucho daño de ellos, y yo lo disimulaba todo, por prender a los señores, que ya andaban ausentados; y por mañas que tuve con ellos, y con dádivas que les di para más asegurarme, yo los prendí, y presos los tenía en mi posada, y no por eso los suyos dejaban de me dar guerra por los alderredores, y me herían y mataban muchos de los indios que iban por yerba; y un español cogiendo yerba a un tiro de ballesta del real, de encima de una barranca le echaron una galga y lo mataron; y es la tierra tan fuerte de quebradas, que hay quebradas que entran doscientos estados de hondo, y por estas quebradas no pudimos hacerles la guerra, ni castigarlos como ellos merecían; y viendo que con correrles la tierra y quemársela yo los podría traer al servicio de su majestad, determiné de quemar a los señores, los cuales dijeron al tiempo que los quería quemar, como parecerá por sus confesiones, que ellos eran los que me habían mandado dar la guerra y los que la hacían, y de la manera que habían de tener para me quemar en la ciudad, y con ese pensamiento me habían traído a ella, y que ellos habían mandado a sus vasallos que no viniesen a dar la obediencia al Emperador nuestro señor, ni sirviesen, ni hiciesen otra buena obra. E como conocí de ellos tener tan mala voluntad al servicio de su majestad, y para el bien y sosiego

de esta tierra, yo los quemé, y mandé quemar la ciudad y poner por los cimientos; porque es tan peligrosa y tan fuerte, que más parece casa de ladrones que no de pobladores; y para buscarlos, envié a la ciudad de Guatemala, que está diez leguas de ésta, a decirles y requerirles de parte de su majestad que me enviasen gente de guerra, así para saber de ellos la voluntad que tenían, como para atemorizar la tierra; y ella fue buena y dijo que la placía, y para esto me envió cuatro mil hombres, con los cuales y con los demás que yo tenía, hice una entrada, y los corrí y eché de toda su tierra. E viendo el daño que se les hacía, me enviaron sus mensajeros, haciéndome saber cómo ya querían ser buenos, y si habían errado, que había sido por mandado de sus señores, y que siendo ellos vivos no osaban hacer otra cosa; y que pues ya ellos eran muertos, que me rogaban que los perdonase, y yo les aseguré las vidas, y les mandé que se viniesen a sus casas y poblasen la tierra como antes; los cuales lo han hecho así, y los tengo al presente en el estado que antes solían estar, en servicio de su majestad; y para más asegurar la tierra, solté dos hijos de los señores, a los cuales puse en la posesión de sus padres, y creo harán bien todo lo que convenga al servicio de su majestad y al bien de esta tierra. E cuanto toca a esto de la guerra, no hay más que decir al presente, sino que todos los que en la guerra se tomaron, se herraron y se hicieron esclavos, de los cuales se dio el quinto de su majestad al tesorero Baltasar de Mendoza; el cual quinto se vendió en almoneda, para que más segura esté la renta de su majestad.